

TRES GRANDES CLASICAS EN LOS ALPES

I. PILAR SUR DEL FRENEY

Zulu

La muerte no está más cerca del anciano que del recién nacido, tampoco la vida. Me juzgo loco porque no vendo mis días por oro

Y yo los juzgo locos, porque piensan que mis días tienen precio.

K. GIBRAN

(A Juan que duerme en el Dru con las chovas).

Nuestro campamento en el bosque libre de Montenvers va tomando cada vez un aspecto más majo, con sus construcciones de plástico transparente, y sus mil cachivaches esparcidos.

Dos meses de vida en montaña han dado un bello vuelco a nuestras mentes; ya nada es igual, todo es hermoso estos días. Nada es imposible, todo lo podemos hacer.

Celebramos el cumpleaños de Nano con una tarta distraída en alguna pastelería de Chamonix. Habríamos preferido celebrarlo con un par de almendras en la cumbre del Dru... pero...

Con la sencillez con que todo se desarrolla estos días propongo a Juan ir al Freney. El sonrío y ya estamos preparando las mochilas; grandes mochilas con todo lo necesario para pasar varios días y poder superar cualquier eventualidad.

Cogemos el último teleférico de la tarde que nos sube hasta la aguja del Midi. En este teleférico no suben turistas. Montañeros de todas las nacionalidades van emergiendo a la luz del Valle Blanco; el cielo nublado nos hace temer por lo que pueda ocurrir al día siguiente.

Un precioso paseo por el glaciar, al pie de los pilares del Tacul y del Capucin nos lleva al refugio de la Fourche; está lleno a rebosar. El guarda, un italiano muy majete, nos hace un precio especial después de una charla a base de toros y política.

Aquí no hay quien duerma; hay que hacerse un poco de sitio en la litera a base de codazos y empujones y al final pode-

mos descansar un par de horas. A las dos de la madrugada, tras un fuerte desayuno (si es que se puede desayunar a esas horas; quizá fue una cena), salimos a la noche. Está estrellada y oscura, sin luna. A la salida un guía está poniendo los crampones a su cliente, un hombre de unos sesenta años que va dando traspiés; se dirigen a la Brenva, ¿Quién quiere ser guía?

Una marcha nocturna nos deposita en el collado Moore. Descendemos por la otra vertiente y una enorme rimaya desplomada nos corta el paso. Vamos bordeándola y no vemos el modo de bajar. Al final, una rigola con su cono de deyección nos ofrece un paso; un salto de tres metros hasta el vértice del cono, una caída detenida por la cuerda, unas risas que resuenan en la imponente vertiente de la Brenva y ya está el paso resuelto.

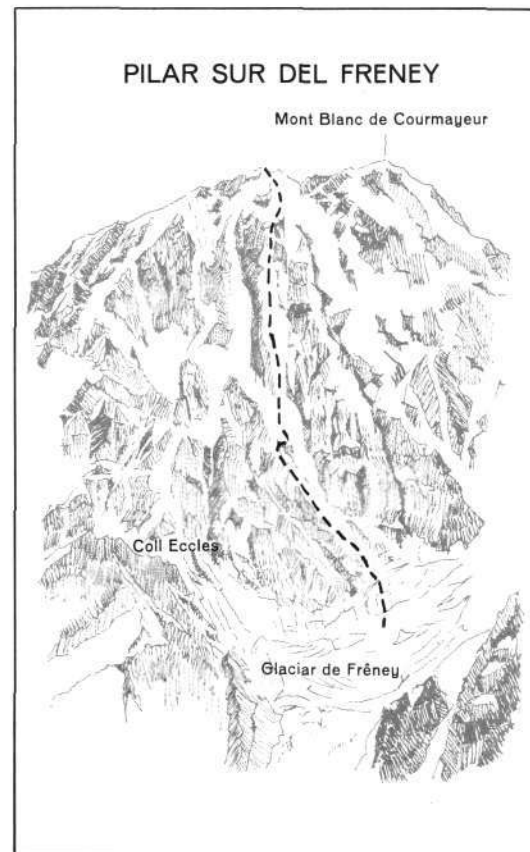
Rápidamente atravesamos el plateau que es un caos de bloques de hielo caídos en los frecuentes aludes de esta vertiente y llegamos al pie del pilar del Angle, que se alza negro e importante sobre nosotros.

Tenemos ahora los seiscientos metros de pendiente de hielo que nos dejarán en el collado de Peuterey. Lentamente pero sin detenernos vamos remontando esta pendiente, los dos a la vez, cada uno enfrascado en sus pensamientos. Buscamos los mejores pasos en las tres rimayas. Nuestras frontales son realmente una mierda; se nos apagan constantemente.

Todavía en la oscuridad, tras una última pala de hielo bastante empinada llegamos al collado. Estamos sorprendidos; pensamos tardar hasta aquí por lo menos el doble de tiempo.

Nos enfundamos las chaquetas de plumas y mientras preparamos un té contemplamos un fantástico amanecer: poco a poco empieza a clarear sobre las montañas suizas.

Un amanecer con luces y colores que sólo desde un mirador como el nuestro se puede contemplar, ¡merece la pena



venir hasta aquí! Nos damos media vuelta y vemos la roca roja, anaranjada, rosa y negra según la luz, de nuestro pilar que se yergue sobre nosotros. Aún nos separan novecientos metros de desnivel de la cumbre del Mont-Blanc: hay que moverse.

Cruzamos la rimaya y comienza la ascensión. Primero una sucesión de largos por terreno mixto, hielo y bloques: muy atlético y bonito; las mochilas pesan pero nuestros brazos están fuertes. Yo he debido coger una diarrea y en varias reuniones dejó un pequeño recuerdo de mi paso.

Un bloque del tamaño de un seiscientos se desprende muy cerca de nosotros; apenas nos inmutamos... es tal la paz. En un largo muy elegante encontramos el único vestigio del paso de otra gente por aquí: un estribo con mosquetón y clavija entre el hielo. No hace falta, cogemos el mosquetón y continuamos.

Nuestra técnica de no clavar nos hace avanzar muy de prisa asegurándonos con fisureros y cordinos en los bloques de nieve. Pronto tropezamos con una arista muy afilada que muere en un resalte liso y vertical.

Intentamos por la derecha pero no se puede pasar en libre. Una travesía a la izquierda nos conduce a unas fisuras que nos marcan el camino.

Ahora el terreno es de roca, un granito rugoso y magnífico. Unos largos muy bellos y de dificultad mantenida nos conducen de nuevo a un terreno mixto que nos hace intuir el final. Empieza a nublarse y estamos contentos de estar ya aquí arriba. Unas aristas empinadas de nieve muy inestables sobre hielo nos conducen, ya nevando, hasta la arista de la Niebla. Un fuerte viento del noroeste, del que estábamos antes protegidos, nos obliga a ponernos las chaquetas de plumas y los cagoules. Poco a poco recorreremos la arista hasta el Mont Blanc de Courmayeur y, luchando contra el viento, alcanzamos la cumbre del Mont Blanc.

Nos quedamos como tontos mirando alucinados los colores de las nubes, allá por el oeste, donde el sol ya está bajando a dormir. Violetas, rojos furiosos, azules grises amarillos; no sé, nos olvidamos del frío, del viento, de la tormenta, nos olvidamos de nosotros mismos, tan grandioso es el espectáculo... tan dentro se nos mete.

Nuevamente en la realidad descendemos rápidamente la arista de los Bosses. Refugio Vallot, fuera rugen la tormenta; un té, Juan se queda dormido sin tomarlo. Yo pienso sobre algunas cosas de la vida, sobre el tiempo, ¿cuánto tiempo sobre el Freney?, ¿20 horas?, ¿veinte mil? y poco a poco entro en el mundo de los sueños no muy diferentes del que acabamos de dejar.

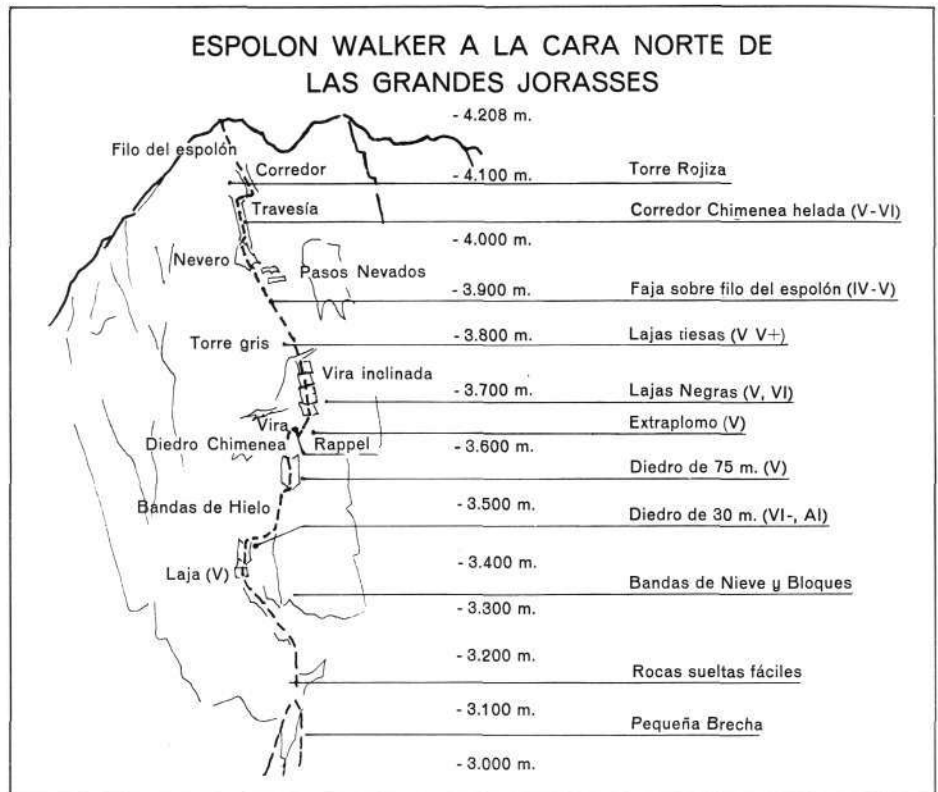
Ascensión realizada por Juan Lorente y José Luis Zuloaga, un día a principios de Agosto de 1979.

JUAN QUEDO A VIVIR CON LAS CHOVAS

No queda nada, y queda todo.
 Seguimos respirando, tosiendo, comiendo y eructando y todo terminó y de nuevo comienza. Todos nos levantamos.
 Caminamos al principio vacilantes,
 Nos falta una pierna, somos cojos.
 Se vengó.
 Ganó.
 Nos pilló,
 y su belleza se convirtió en sótano.
 Nos llevó un pedazo de alma.
 Juan, tú estás allí.
 Nosotros nos emborrachamos
 y todo está en su sitio,
 seguimos respirando, tosiendo,
 comiendo y eructando, y nos falta
 tu sonrisa, se congeló
 en el monte de arriba y duerme
 con las chovas.

II. CARA NORTE DE LAS GRANDES JORASSES. ESPOLON WALKER

Jesús Moreno



Una duda en mi ser. La gran lucha se desencadena en mi mente.

Otra pregunta: ¿por qué?

Esta pared fría y oscura me llama, me arrastra hacia sus entrañas. Algo desconocido en mi espíritu, un enigma...

¡Una gran pared! Un silencio en el tiempo.

De súbito me despierto, miro a mi alrededor. Todo está mudo y tranquilo. El canto de un ave nocturna es lo único que perturba esta paz. Me vuelvo a dormir...

Abro los ojos, el sol baña todos los rincones, hace rato que amaneció. El campo está verde, los haces luminosos chocan contra las gotas de rocío rompiéndose en mil colores. En el aire se respira un maravilloso olor a pino.

Los demás se han levantado. Todavía medio desnudo voy al arroyo de aguas turbulentas que desciende del glaciar.

Mis amigos y yo tenemos grandes proyectos para estas vacaciones. Algunos ya los hemos realizado... ¿Y la Walker? Hablamos de ello. La pared no está muy limpia, pero a pesar de todo, lo intentaremos.

El cielo parece «recién pintado»; su azul intenso es indescriptible. Caminamos ha-

cia el trenecillo seis amigos, unidos por las mismas ambiciones, por los mismos sueños.

La gran lucha se desencadena en mi mente, y en la de los demás.

¿Por qué?

Mikel decide no subir, se queda en el camping. No ha encontrado solución a esta pregunta, nadie dice nada. Todos comprendemos y le admiramos por su decisión. Pronto escuchará la llamada.

El tren sube lentamente las laderas boscosas hacia el glaciar. En él tenemos ocasión de conocer a unos jóvenes donostiarros. Están muy contentos de contemplar este mundo irreal; es su primera visita a los Alpes.

—¡Uhauuu! —gritan Gerardo y Patxi a coro—. ¡Qué alucinación, las Jorasses!

Nos apeamos del trenecillo, dejamos atrás el polvoriento camino para sumergirnos en este río de cristal y burbujas. Al fondo siempre las Jorasses, cautivadora pared de blancas garras y negras intenciones.

Abandonamos la Mer de Glace para entrar en el glaciar de Leschaux. Ya veo el refugio, está situado en una escarpada pendiente fuera del glaciar. Es pequeño